

del vencido, fué cogido de órden de Teodorico, su tío, por un pié y estrellado contra una peña, de suerte que los sesos le saltaron del cráneo.» Ni los lobos podían compararse con estos francos, á pesar de hacer mas de un siglo que habían recibido el cristianismo; y no se crea que Teodorico, hiciera dar esta muerte á su sobrino porque creyera seriamente que Teodeberto era un hijo adulterino de su madre, pues ya hemos visto que los francos no se paraban en tales particularidades para vengarse y dar rienda suelta á su ferocidad cuando eran vencedores.

Teodeberto fué conducido cargado de cadenas á Chalons y presentado allí á Brunequilda, la cual furiosa, segun el biógrafo de Columbano, le exigió que se hiciera clérigo; Teodeberto se conformó pero no le valió, porque á los pocos días de haberse hecho tonsurar, fué muerto (1).

Como muestra de las leyendas y tradiciones milagrosas, que corrian en la Edad media entre el pueblo, extractaremos aquí algunos milagros de los que refiere la biografía de San Columbano y veremos cómo se ajustan á la relacion de Fredigaro.

Dejamos al santo en el lugar que hoy ocupa la ciudad de Bregenz, donde se propuso pasar algun tiempo, aunque no le gustaba el sitio; pero quiso probar á sembrar el Evangelio entre las tribus suevas que habitaban aquellas comarcas. Recorriendo el país, encontró á los bárbaros ocupados en celebrar una fiesta pagana con una cuba de cerveza en medio; el hombre de Dios preguntó lo que hacían allí y le contestaron que iban á hacer un sacrificio á su dios Vodan, á quien otros, los latinos, llamaban Mercurio (2). Apenas oyó el santo tan necio propósito, sopló hácia la cuba, aunque apartado de ella, y al instante reventó ésta con estrépito y la cerveza salió y se derramó á grandes chorros; prueba evidente de que el demonio había estado oculto dentro de la cuba para apoderarse de las almas por medio de abundantes y embriagadoras libaciones. Los bárbaros quedaron asombrados del robusto aliento del santo, el cual les reprendió, citándoles pasajes de la Biblia, para que renunciaran á tales sacrificios, y les mandó volverse á sus hogares. Muchos recibieron entonces el santo bautismo, y otros que ya estaban bautizados pero no habían abandonado sus errores paganos, fueron reconciliados con la verdadera fe; porque para ellos aquel varon santo era seguramente por su fuerte resplido mas poderoso que el dios Vodan, si ya no fué que el temor al rey franco les dominara é impidiera hacer daño á Columbano. Este santo hizo muchos otros milagros con su aliento, segun se vé en su biografía.

Llegó un día de gran escasez para el santo y los suyos, y entonces, segun contó un testigo ocular llamado Eustasio al abad Jonás, autor de la *Vida de San Columbano*, éste se puso en oracion, y en el acto se abatió sobre los alrededores una multitud de aves, de una clase que ninguno de los compañeros había visto jamás, y que se dejaron coger durante tres días sin moverse hasta que el obispo de una ciudad vecina envió víveres, por haber sospechado que harían falta. Esta intuición fué otro milagro, y entonces mandó Dios á las aves que habían quedado que se alejaran. Poco despues un oso se atrevió á comerse las manzanas silvestres y las zarzamoras de que se sustentaba el santo en la cuaresma. Columbano dió órden á su criado Cañovaldo de trazar con un palo en presencia del oso el límite que el animal en adelante no debía traspasar, y en efecto, la fiera desde entonces se guardó muy bien de comer ni una manzana ni una zarza-

(1) Es dudoso si por órden de Brunequilda ó de Teodorico; pero probablemente sería por la de este último.

(2) Vodan, el espíritu maligno de las selvas, se complacia en vejar, apalear, contrariar y asustar á los mortales. V. Grim, *Mit. germ.*

mora del territorio que Columbano se había reservado para sí y los suyos.

Columbano pensó predicar el Evangelio también á los eslavos, y por lo pronto á los vendos, para lo cual habría tenido que internarse mucho en la Germania ó llegarse hasta la Hungría; pero desistió «porque un ángel le enseñó en una vision toda la faz de la tierra reducida á la magnitud en que la representan los escritores con la pluma en una hoja de papel, y conociendo que no había llegado el tiempo de convertir á aquel pueblo, determinó continuar á orillas del lago de Constanza, hasta que se ofreciese alguna coyuntura para pasar á Italia.»

Columbano seguramente conoció, á pesar de su entusiasmo de apóstol, que sin tener el apoyo de un brazo secular, fuerte como lo tenía en el rey franco allí donde estaba, no podía pensar en predicar el Evangelio á pueblos bárbaros tan numerosos como los germanos y eslavos. Lo mismo comprendió despues San Amando, del cual hablaremos mas adelante.

Veamos ahora cómo refiere el abad Jonás despues de los sucesos la contienda entre Teodorico y Teodeberto:

«Los dos confiaban orgullosos en el gran número de sus guerreros. Columbano antes de estallar la guerra entre los dos hermanos visitó á Teodeberto y le aconsejó que, depouiendo su soberbia, se hiciera clérigo y sirviera á la religion en el seno de la Iglesia á fin de no perder con su reino terrenal la vida eterna. Esto hizo reir al rey y á los que le rodeaban, diciendo que jamás se había visto que un merovingio despues de haberse ceñido la corona se hiciese clérigo de su libre voluntad. A esto solo contestó Columbano que si no queria admitir espontáneamente el honroso estado de clérigo, no tardaria en serlo contra su voluntad, y dicho esto regresó á su solitaria celda. Pronto se cumplió su profecía. Cuando empeñó Teodorico la batalla de Zulpich estaba Columbano en sus soledades (de Bregenz), sentado sobre el tronco carcomido de un roble, leyendo un libro. De repente se quedó dormido y soñando vió lo que pasaba entonces entre los dos hermanos. Se despertó, llamó á su criado Cañovaldo y le refirió su sueño, lamentándose de tanta matanza. El criado, con temeraria procaçidad, le dijo entonces: «Padre mio, ora por Teodeberto á fin de que con el auxilio de Dios venza al enemigo suyo y nuestro;» pero Columbano le contestó: «Tu consejo es muy necio y contrario á lo que nos manda la religion, á saber, de orar por nuestros enemigos. El juez supremo y justo decidirá.» Luego refiere el biógrafo la prision de Teodeberto, su entrada forzosa en el estado eclesiástico y su muerte. Ocioso es decir que toda esta relacion fué escrita mucho despues de la muerte de Teodeberto.

Teodorico con un cinismo brutal no pensó, despues de su victoria, en cumplir la promesa que había hecho á su primo Clotario II de devolverle en pago de su neutralidad el distrito Dentelino; porque toda la diplomacia de aquellos francos consistía en aislar de cualquier modo al enemigo mas inmediato para arrojarse sobre él con mas seguridad y despues de haberle vencido, caer sobre otro si las circunstancias á ello se prestaban; pero Clotario se había apoderado ya del territorio que Teodorico le había prometido. Esto indignó sobremanera á Teodorico, el cual convocó las fuerzas armadas de su reino, de la Borgoña y de la Austrasia, que acababa de conquistar, é hizo saber á Clotario que si no evacuaba completamente el distrito Dentelino invadiría sus dominios por todos lados á la vez. Así se aprestó, en efecto, á hacerlo; pero cuando su hueste estaba ya en camino, sorprendióle la muerte en Metz. Esto bastó para que la hueste se disolviera y todos los guerreros regresaran á sus casas robando y saqueando en todo el camino sin distincion de personas ni de país.

Brunequilda, que en su juventud había derendido con tanto teson y bastante talento los intereses de su hijo Childeberto y luego los de sus nietos Teodeberto y Teodorico, tenía que defender á la sazón por una extraña y trágica suerte los intereses de sus biznietos contra la codicia y desenfreno de los francos y contra el hijo de Fredegunda, precisamente cuando las tradiciones de los germanos ninguna autoridad gubernativa reconocían á las mujeres ni menos á las viudas. Por otra parte, aunque las viudas de reyes hubiesen gozado de semejante privilegio, los francos no solían respetar ninguno si no estaba sostenido por una fuerza superior á la suya; como lo prueba el caso de la regente legítima de los ostrogodos, Amalasueta.

Con razon se ha dicho que Brunequilda tenía mas talento político que todos los reyes merovingios y carlovingios, que no supieron elevarse sobre la tradicion y rutina de su pueblo; que no se consideraban sino como propietarios y hacendados mas poderosos que los demás y como tales dividían sus posesiones entre sus hijos, en lugar de fundar una gran potencia hereditaria unida en disposicion de aumentar y consolidar su poderío. Brunequilda hizo esta vez proclamar rey único de Borgoña y de Austrasia al mayor de sus biznietos, Sigeberto II, lo cual le fué fácil, porque los demás eran demasiado niños para reclamar su respectiva herencia, atendido que el mayor de ellos, Sigeberto, no tenía mas de once años. Sin embargo, no podía disimularse la anciana reina que á no matar á los hermanos pequeños de Sigeberto, cuando hubieran llegado á mas edad indefectiblemente reclamarían su parte legítima de la herencia y darían lugar á nuevas y feroces guerras intestinas.

En este punto de la historia del pueblo franco aparecen por primera vez ascendientes de la famosa familia dinástica carlovingia, llamada así por sus dos representantes principales, Carlos Martel y Carlomagno. En la época de que ahora tratamos ninguno de los ascendientes de esta familia se llamaba Carlos; pero tambien seguiremos, en obsequio de la claridad, el uso establecido de llamar á toda la raza carlovingia, ya que los nombres de Arnulfingos, Pipiningos y Pipínidos, propuestos por algunos, no han tenido aceptación.

Tambien se han dejado seducir muchos historiadores por los méritos indudables que la dinastía carlovingia adquirió como protectora y fomentadora de la civilizacion cristiana en Francia y Alemania, y han atribuido igual solicitud á los antecesores de los grandes soberanos procedentes de esta familia; pero nada es mas injusto. Los individuos de esta raza que se citan primero, fueron francos poderosos establecidos en Austrasia y eran casi todos ellos enemigos de Brunequilda y si despues de la muerte de Teodeberto y de Teodorico, ó quizás antes, llamaron á Clotario para reconocerle por rey, no lo hicieron ciertamente impulsados por una idea elevada como la unificación del imperio franco (por lo menos no hay dato alguno para probarlo), sino que siguieron únicamente el partido que mas provechoso les parecia para sus intereses personales. Grimoaldo, hijo de Pipino y mayordomo del rey de Austrasia, Sigeberto, á la muerte de este rey trató de poner en el trono á su propio hijo, llamado tambien Childeberto; pero fué preso por los demás grandes envidiosos y entregado á Clodoveo II, rey de Neustria, que le hizo decapitar, y si otro Pipino fué mas feliz en el año 752, no quiere decir esto que usurpara la corona impulsado por ninguna idea nacional ni benéfica para el pueblo franco ni para el país que estaba bajo su dominio.

Respecto de la actitud y conducta de Brunequilda despues de la muerte de su nieto Teodorico, dice Fredigaro que esta anciana reina residía entonces en Metz con sus cuatro biznietos Sigeberto, Childeberto, Corvo y Meroveo, y se pro-

ponía dar el reino de su padre á Sigeberto, no solamente la Borgoña sino tambien la Austrasia, invadida ya por Clotario II, porque así resulta de la intimacion que no tardó en hacer á este último «de retirarse del reino que Teodorico había dejado á su hijo.»

Efectivamente, eran los hijos de Teodorico, segun el uso franco y de todos los germanos en general, los herederos mas próximos de su tío Teodeberto, aun en el caso de que éste hubiese muerto en su trono y sin sucesion directa; y además los hijos de Teodorico tenían el derecho de conquista.

Los ascendientes de Pipino y de Carlomagno infringieron el derecho germánico tradicional cuando llamaron al trono de Austrasia á Clotario, al cual como tío de los herederos legítimos solo correspondía aquella herencia faltando los hijos de Teodorico.

A los historiadores alemanes pertenece el honor de haber acabado con las genealogías falsas de la dinastía carlovingia que algunos han combinado por adulacion, otros por falta de criterio; lo único positivo que hay es que Arnulfo (2), que despues fué obispo de Metz, y luego Pipino (I) eran jefes de una familia franca poderosa de Austrasia cuyas propiedades estaban situadas entre los rios Rhin, Mosa, Mosela, Roer y Ambleve, desde el país de Voevre al Sur hasta el de Condroz en Bélgica, atravesando las Ardenas.

A invitacion de estos dos y de los demás francos mas poderosos penetró Clotario en la Austrasia, y al llegar á Andernach recibió los embajadores de Brunequilda, Cadoindo y Erpo, mientras la anciana reina se hallaba con sus biznietos en Worms. Clotario contestó á la intimacion de evacuar el reino que Teodorico había dejado á sus hijos, que cumpliría lo que decidieran los francos mas distinguidos. Aquí faltó Clotario, porque lo correcto habría sido apelar á la decision de todos los francos libres reunidos en asamblea, como exigía la antiquísima tradicion germánica. Nada mas que lo dicho se sabe por lo pronto de Pipino; pero de Arnulfo dice el cronista Fredigaro que había sido llevado muy joven, como la mayor parte de los grandes francos, á la corte de Childeberto, donde se formó bajo la direccion del mayordomo Gundulfo, al parecer uno de los adversarios mas principales de Brunequilda. Expulsada la madre de Childeberto del reino de su nieto Teodeberto, acompañó Arnulfo al mayordomo en sus expediciones y á su regreso se le confió la administracion de seis distritos de bienes del fisco. Naturalmente sería este Arnulfo, como su superior el mayordomo, uno de los principales adversarios de Brunequilda y de su nieto y biznietos, por cuya razon recibió probablemente en 611 ó á principios del año 612 el obispado de Metz, lo cual no impidió que Teodeberto y despues de éste Clotario II le consultasen en todos los asuntos importantes.

Brunequilda, al recibir la contestacion de Clotario, comprendió perfectamente su verdadero sentido, y para prepararse á la guerra inevitable contra el invasor envió á su biznieto mayor, Sigeberto, con el mayordomo Varnario, Alboino y otros grandes á Turingia para levantar á los pueblos del otro lado del Rhin contra Clotario II; pero habiendo sabido quizás posteriormente, ó simplemente sospechado entonces, que Varnario le era traidor, envió una carta detrás de ellos á Alboino encargando á éste y á los demás que le mataran. Alboino despues de leer la carta la hizo pedazos; mas un criado de Varnario los recogió, los juntó sobre una tablita encerada y los dió á su amo, el cual, enterado del peligro en que estaba, se dedicó desde entonces á entronizar á Clotario y á matar á los hijos de Teodorico. Procuró con sus

(1) Véase la excelente obra de Bonnell.

mañas que los pueblos del otro lado del Rin se abstuviesen de prestar auxilio á Brunequilda, y á su regreso marchó con ella y sus biznietos á Borgoña. Desde allí Brunequilda envió mensajeros á todas las comarcas de Austrasia llamando á los hombres de armas; pero Varnario había ya ganado á los jefes, de modo que mientras la vieja reina contaba con estas fuerzas, el sutil mayordomo sabía que habían de servir contra ella y contra los hijos de Teodorico para matarles y quitarles hasta el reino propio de su difunto padre; «porque, — dice Fredigaro, — los hombres de Borgoña, tanto los obispos como los demás varones francos, odiaban á Brunequilda y aborrecían su gobierno; y se entendieron con Varnario sobre la manera de matar á todos los hijos de Teodorico sin que ninguno de ellos pudiera escapar, acabar para siempre con Brunequilda y dar el cetro á Clotario. Las huestes de Borgoña y de Austrasia se pusieron en marcha contra Clotario por orden de Brunequilda y de Sigeberto, el hijo de Teodorico, y cuando llegaron á las llanuras de la Champaña, en el territorio de Chalons-sur-Aisne, se les presentó en frente Clotario con los suyos. Clotario estaba ya desde largo tiempo en inteligencia con muchos austrasianos por efecto de los trabajos secretos del mayordomo Varnario y contaba con el apoyo del patricio Aleteo (1) y de los caudillos militares Roco, Sigoaldo y Eudela. Cuando llegó el instante del ataque los conjurados dieron la señal convenida y el ejército de Sigeberto volvió la espalda y cada guerrero se retiró con los suyos á su casa.»

El odio y la repugnancia que inspiraban Brunequilda y su gobierno á aquellos francos informales y traidores son una verdadera apología de la superior inteligencia política de la anciana reina.

Segun habian convenido, Clotario siguió adelante con su hueste, y al llegar al rio Saona se apoderó de tres de los hijos de Teodorico, á saber: Sigeberto, Corvo y Meroveo, á quien habia apadrinado en el bautizo. El cuarto, Childeberto, se escapó, porque pudo saltar sobre un caballo; pero nunca volvió á tenerse noticia cierta de lo que fué de él á pesar de todo cuanto hizo Clotario para descubrir su paradero y desembarazarse para siempre de su persona. Santa Rustícula, abadesa de un convento de Arles, fué acusada de estar educando á un hijo de rey en secreto, pero éste no pareció (2).

Por instigacion de Varnario y de casi todos los grandes del reino de Borgoña fueron presas por Erpo, el caballero mayor (ó condestable, como dice Fredigaro), en la hacienda de Orba (3) donde se habian ocultado, Brunequilda y Teodolana, hermana del difunto Teodorico, las cuales fueron presentadas á Clotario en la villa de Rionève á orillas del Vigeanne. Clotario mandó matar á Sigeberto y Corvo, y teniendo algun afecto á Meroveo por ser su ahijado, le hizo llevar ocultamente á su país, la Neustria, donde le confió al gobernador Ingobodo, en cuya casa vivió todavía algunos años. A Brunequilda acusó de haber causado la muerte de diez personas reales, á saber: Sigeberto I, Meroveo, hijo de Childerico; á su padre Chilperico; á Teodeberto y su hijo Clotario; á Meroveo, hijo de Clotario II; á Teodorico y tres hijos suyos, dos de los cuales acababan de morir por orden del mismo acusador Clotario, ignorándose la suerte del tercero, Childeberto. Mandó luego aplicar á la anciana reina, á quien hacía responsable de tantas muertes, incluso las causadas por él, por su madre y su padre, toda clase de tormentos durante tres

(1) Gobernador-lugarteniente del rey.

(2) Véase la vida de Santa Rustícula en las obras de Du Chesne, historiógrafo real en tiempo del cardenal de Richelieu y autor de obras de colecciones de autores antiguos.

(3) Junto al rio Orbe, entre los lagos de Ginebra y de Neufchatel. En tiempo de los romanos se llamaba este lugar *Taberna*.

días y pasearla despues, sentada en un camello, por todo el campamento. Por último la hizo atar por los cabellos, el brazo y un pié á la cola de un caballo indómito y muy maligno, que escapando furioso y loco, la mató á coces en su loca carrera, en la cual quedó el cuerpo de la infeliz completamente hecho pedazos.

«Varnario, en recompensa de sus servicios, — continua narrando Fredigaro, — fué nombrado mayordomo de Borgoña con la promesa, robustecida por Clotario con solemne juramento, de no ser destituido mientras viviera. Rado, y no Pipino, recibió el mismo empleo en Austrasia, probablemente por no haberlo querido admitir el obispo Arnulfo. Todo el imperio franco, robustecido como en tiempo de Clotario I, quedó sometido con todos sus recursos y tesoros á Clotario II, que lo conservó y vivió en paz con sus vecinos diez y seis años. Este Clotario era hombre paciente, instruido en las ciencias, devoto, liberalísimo con las iglesias y obispos, benéfico para con los pobres, bondadoso para con todo el mundo y devotísimo.»

Este jóven de 28 años, tan instruido, benéfico, bondadoso y devotísimo, hizo pasar á sangre fria á la anciana Brunequilda todos los tormentos imaginables y le dió despues cruelísima y feroz muerte, sin contar las demás atrocidades que cometió, propias de un franco y dignas de un hijo de Fredegunda y de Chilperico. Propia de francos fué tambien la conducta de los grandes caudillos, de los altos dignatarios, obispos y ascendientes de Carlomagno, Pipino, como la del obispo Arnulfo de Metz, todos ellos traidores, alevosos y falsos, que ni siquiera pueden alegar ante la historia severa é imparcial la excusa de haber cometido tantas infamias en favor de una idea grande y nacional, en favor de la modificacion, del robustecimiento y de la consolidacion del imperio franco. En efecto, Clotario II, despues de haberse hecho dueño de todo el país dominado por el pueblo franco, volvió á dividir el imperio, fiel al uso antiguo germánico.

Pipino y Arnulfo, no por ser ascendientes de la dinastía poderosa carlovingia eran mejores que los demás francos.

## CAPITULO XI

### CLOTARIO II, REY ÚNICO, Y SU REINADO EN UNION DE DAGOBERTO I

Prescindiendo de los medios empleados para reunir todo el imperio franco bajo el mando de este rey único, y de la nueva division del imperio en varios reinos hecha por el mismo soberano á su capricho libérrimo, lo cual prueba la ausencia completa de ideas políticas generales y de toda concepcion de estado ó reino, no pueden negarse al gobierno de Clotario II algunos méritos sobre los reinados anteriores. Desde luego conviene añadir que este gobierno por nada nuevo se distinguió, ni por el fin que se propusiera ni por los medios que empleara. Sujetó á los grandes revoltosos; sofocó sus conspiraciones y sublevaciones empleando los medios acostumbrados principalmente en el reinado de Gontran; y lo mismo ellos que el rey estuvieron muy distantes de tener ninguna idea política nacional ni patriótica. Así, cuando proclamaron á Clotario II rey único, sus móviles habian sido simplemente la sed de venganza, de riquezas, de dignidades elevadas, de influencia, de poder y el deseo de evitar la venganza de Brunequilda.

Bajo este punto de vista, nada notable ofrece el nuevo reinado que se distinga de los anteriores; en él se observan la misma ausencia de gobierno, los mismos factores que producen efectos análogos y conducen al mismo resultado final á donde hemos visto caminar hasta ahora el imperio de los

francos. Por esto mismo podemos ser en adelante tanto mas concisos, cuanto que nos falta ahora un guia como Gregorio de Tours que con sus episodios ricos en curiosísimos detalles nos ha permitido conocer á los francos y la época en que vivian como si los viésemos y observásemos directamente. Los datos que poseemos sobre el período que vamos á exponer se limitan á los nombres de vástagos merovingios que, engendrados por adolescentes, mueren antes de llegar á la edad viril; á los de magnates francos ambiciosos que conquistaron su posicion influyente asesinando á los que ocupaban esta posicion antes que ellos, para ser asesinados á su vez por otros ambiciosos ó por el rey, deseoso de desembarazarse de tan incómodos servidores, ó mejor dicho tiranos, para caer tambien en manos de otros, iguales en un todo á los que les precedieron. Tan escuetos son estos datos, que no permiten reconstruir en la mente la figura de tales individuos, trabajo por otra parte enteramente inútil.

Lo que merece fijar nuestra atencion son los elementos nuevos que empiezan á entrar en la historia del imperio franco, que se refieren especialmente á la Iglesia, á la constitucion política del país, á la civilizacion de sus habitantes, ó que se refieren á algunas tribus ó pueblos germánicos al Este del Rin, envueltos como en tinieblas alumbradas solo una vez por un débil y efímero rayo de luz, pero de los cuales se reciben en adelante mas noticias.

El biógrafo de San Columbano describe con visible satisfaccion la muerte atroz de la odiada reina profetizada por el santo, y dice que éste, habiendo visto tambien realizada la union de los tres reinos francos en una sola mano, marchó á Italia, donde fundó (1) el convento de Bobbio, que fué uno de los focos principales de la civilizacion itálico-cristiana. El santo murió en este convento el 24 de noviembre de 615.

El monasterio de San Galo (Sanct-Gall en Suiza), fundado por el irlandés Galo, discípulo y compañero de Columbano, que se habia quedado entre los alemanes mientras su maestro pasaba á Italia, fué desde luego, y continuó siendo durante siglos, un foco no solamente de conversion para los alemanes, sino tambien de civilizacion para la futura Alemania, y un centro no solo de la cultura y ciencia antiguas, sino tambien de la civilizacion é instruccion cristianas de la era moderna.

Entre los que recibieron recompensas despues de la victoria no figuran ni Arnulfo ni Pipino; Rado habia sido probablemente ya en el reinado de Teodeberto mayordomo de palacio en Austrasia; en la Neustria lo habia sido desde el año 597 hasta 604 Landerico, al cual sucedió en 604 Gundaldo. Este empleo, desde la muerte de Gontran, y mucho mas desde la de Childeberto II, habia ido adquiriendo tal importancia que era el mas ambicionado en todo el país franco, porque el que lo ocupaba era ya poco menos que ministro principal y el regente verdadero.

Uno de los primeros actos de Clotario desde que se vió rey único de todo el imperio franco, es decir, en 613, teniendo 29 años cumplidos de vida y de reinado, fué poner en el puesto de Eudela, caudillo en jefe de las fuerzas francas en los territorios del otro lado del Jura, á Erpino, muy á propósito para este puesto. Erpino fué recompensado con aquel empleo por la traicion que habia hecho á Brunequilda. Su gobierno riguroso, porque escarmentó duramente y sin distincion de personas á cuantos quebrantaron la paz general, le atrajo la muerte á manos de los discolos magnates.

Clotario se trasladó con su esposa Bertetruda á la hacienda de Marlenheim, en Alsacia; procuró conservar la paz y el ór-

(1) A orillas del Trebbia, en la provincia de Pavía.

den en el interior é hizo morir á muchos facinerosos á manos del verdugo. El obispo Leudemundo enteró ocultamente á la reina, á excitacion de Aleteo, de que su esposo Clotario moriria infaliblemente aquel mismo año y la aconsejó que trasladara cuantos tesoros pudiese á Sitten, ciudad muy fuerte perteneciente á Aleteo, porque éste, además, tenia intencion de dejar á su esposa y casarse con Bertetruda. Aleteo, como descendiente que era de los antiguos reyes de Borgoña, podia pretender el trono del imperio franco despues de la muerte de Clotario. Como en tiempo del obispo Egidio y de sus cómplices, vemos aquí otra conspiracion análoga tramada por un obispo franco y un grande, que á los ochenta años de haber sido destronada y haber perecido la familia real de Borgoña, puede todavía pretender, como descendiente de esta familia, el trono franco; pues el último rey de los borgoñones habia desaparecido sin que jamás se hubiese sabido dónde fué á parar, ni dónde ni cuándo murió. La reina, temiendo que esta noticia pudiese muy bien tener un fondo de verdad, echó á llorar y corrió á su dormitorio. Leudemundo, viendo que su comunicacion no habia producido el efecto deseado, se creyó comprometido y huyó de noche á Sitten y de allí á Luxeuil, donde el abad Eustasio le dió asilo y le proporcionó despues el perdon del rey, de suerte que pudo volver á su obispado. Clotario se trasladó á la hacienda de Maslay (2) con los francos principales; allí hizo comparecer á Aleteo y despues le mandó decapitar como conspirador. Este acto del rey prueba que el poder real no tenia ya necesidad de recurrir al asesinato para castigar á un grande, si bien juzgó Clotario al parecer prudente para oír, sentenciar y hacer ejecutar al culpable, trasladarse á una hacienda especial. Otro hecho prueba tambien un aumento notable del poder real y el deseo de hacer servir este poder para el bien general y la conservacion de la paz y del órden en el interior. Este hecho fué la reunion de un concilio general del imperio franco en Paris para extirpar muchos abusos en la Iglesia y tuera de ella. A este concilio concurrieron setenta y nueve obispos y otros dignatarios eclesiásticos y grandes. Cerró sus sesiones el 10 de octubre del año 614, y el 18 del mismo mes fué proclamado el llamado *Edicto* de Clotario, redactado con el concurso de los grandes, y cuyos veinticuatro capítulos corresponden á los cánones de aquel concilio; por manera que consagran como jurisprudencia civil, poco mas ó menos, lo que los citados cánones fijan como leyes eclesiásticas.

Además de la muy laudable condenacion de las libertades que los reyes hasta entonces se habian tomado en la provision de los obispados vacantes, parece haber hecho el rey en este concilio otras concesiones muy importantes á la Iglesia, principalmente respecto de su jurisdiccion sobre el clero, á imitacion de los visigodos en España, cuyas leyes, en cuanto eran copiadas de las romanas, sirvieron en general de patron para las que se fueron introduciendo por los concilios en Francia.

En el año 616 se reunieron otro concilio y una asamblea de francos libres en Bonneuil (3), en la cual tomaron parte, además de los francos libres que comparecieron, Varnario, el mayordomo de Borgoña, y todos los obispos. El rey concedió todas las reclamaciones justas y publicó los oportunos edictos, en los cuales el poder temporal hacia suyas, como en el gran concilio de Paris, las resoluciones del concilio, mientras en la España visigoda los acuerdos de los concilios eran desde luego leyes del Estado sin necesidad de ser adoptadas por ninguna asamblea de godos libres y armados.

(2) A 4 leguas de Sens, á orillas del Vanne, departamento de Yonne. — Leboeuf.

(3) Segun Lecointe: Bonneuil-sur-Marne, á 10 kilómetros al Sur de Paris.